CAPITULO VI.

LA LLAVE MAESTRA.—SALUSTIO Y SU SISTEMA DE SEDUCCION.—UN BOLSILLO Y UN ARREGLO.—OTRO LADRON DE LA VIRTUD.—DE ACUERDO.

En los momentos en que Marcio se dirigia al centro de la ciudad, acariciando la esperanza de apoderarse al siguente dia de su hermosa prima, Salustio se ocupaba en buscar en su mente el medio mas seguro de ser dueño de Nicea.

Informado, por su esclavo, del edificio en que habitaba, el libertino jóven esperaba á que las sombras de la noche velasen la tierra, para poner en planta el plan de seduccion que durante el dia habia meditado contra la bella huérfana.

—Los criados, el oro—exclamó—he aquí los medios infalibles para alcanzar lo que deseo: los criados son la puerta de la entrada en una casa; la llave segura y única para abrir esa puerta es el oro: yo posee esta llave maestra á que no resiste cerrojo ninguno, y las puertas se abrirán de par en par á su solo contacto, dándome entrada hasta la habitacion de Nicea. Una vez dentro, ¿quién la librará de mí?..... Ninguno: ella será mia á pesar suyo.

Salustio, seguro de su triunfo, se dirigió hácia el járdin de su casa, para entretenerse con la vista de las flores, mientras se acercaba la hora de salir.

El momento deseado llegó al fin.

A los últimos y ténues rayos del sol, sucedieron las brillantes estrellas que tachonaron el azul pabellon del cielo, y á la viva claridad del dia, las oscuras sombras de la noche.

Salustio abandonó el járdin y entró en una pieza en que guardaba el dinero: abrió una caja, llenó de monedas un bolsillo, y salió á la calle diciendo:

—Ya tengo la llave; acerquémonos á la puerta que quiero abrir: Júpiter, conociendo la

poderosa influencia de los ricos metales, se convirtió en lluvia de oro para penetrar en la inespugnable torre en que á la bella Danae encerró su padre Acrisio, rey de Argos, y alcanzó sus favores; yo que no poseo, como él, el artificio de la metamórfosis para trasformarme en algo que pudiese cautivar á Nicea, llevo ese oro en monedas, para que llueva sobre la mano del portero: él tenia á su favor la facilidad de cambiar de figura; yo tengo en pro mio, la codicia de los criados.

Y Salustio, al mismo tiempo que hacia este razonamiento, dirigia sus pasos hácia la casa en que vivia la inocente huérfana.

El libertino jóven contaba con la infidelidad de los criados, para ver realizado el inicuo pensamiento que habia concebido.

¡Los criados! Esos seres en que los amos depositan la seguridad de sus casas y la vigilancia sobre lo que mas estiman, suelen ser con frecuencia y por desgracia, los que menos suelen corresponder á la confianza con que se les honra.

No sin gran experiencia de esta verdad puso un célebre poeta en boca de un personage celoso de su honra, las siguentes palabras:

Aun los criados, señor,
Domésticos enemigos,
Son otros tantos postigos
Por donde entra el deshonor.

Casos dignos de alabanza registra la historia de la humanidad, en que los criados han manifestado hácia sus amos una fidelidad inquebrantable; pero estos casos que deben formar el orgullo de los leales sirvientes que aun existen, y servir de norma á todos para conquistarse el aprecio de la sociedad, no son mas que honrosas excepciones.

Los criados leales son los custodios de las familias; y estas, mas que como á criados los consideran como á miembros de ellas.

Con la honradez y la lealtad se han elevado de la condicion de criados á la de cajeros y aun á la de socios de comercio de sus mismos amos, muchos que jamas pudieron ni imaginarse siquiera, que saldrian de su humilde posicion.

Pero sigamos á Salustio.

Alimentando la risueña idea de no encontrar obstáculos á su deseo, marchaba con direccion á la casa de Nicea.

Pronto llegó en frente del edificio.

Salustio se quedó examinándolo un momento.

—Aquí es—dijo para sí; y se acercó á la puerta.

Esta se encontraba abierta.

Salustio miró hácia el interior, y pareció quedar satisfecho.

—Los informes de mi esclavo—añadió—han sido exactos; solo me falta descubrir si el portero es de piel negra, como me dijo, y para que correspondan todas las señas que me ha dado.

Y Salustio se quedó observando.

Un hombre de tez de ébano, que ocupaba el cuarto próximo á la puerta, sacó la cabeza para ver quien se habia detenido afuera.

Al descubrir á Salustio, hizo un movimiento de satisfaccion.

Salustio, que no habia fijado la atencion en él, penetró cautelosamente en el *prothyrum* ó zaguan.

El individuo de la piel de ébano quedó observándole, pero sin ser visto.

El libertino jóven, despues de haberse detenido un instante, se dirijió al cuarto del portero.

Aquel cuarto era el mismo que ocupaba el hombre de faz negra que le observaba.

La casa toda presentaba un aspecto pobre.

Salustio se acercó á la pieza del que cuidaba la puerta.

Al verle, acabó de persuadirse que aquel era el edificio que buscaba.

—¿Eres el portero?—le preguntó al individuo de rostro de ébano.

—Sí señor.

—¿Te ha visto un esclavo hoy, anunciándote que vendria su amo á verte esta noche?

—Sí señor.

—Pues el amo de ese esclavo soy yo.

—¿En qué puedo serviros?

—En cosa que puede proporcionarte un premio con que logres comprar tu libertad y vivir feliz.

—Servicio muy peligroso será, cuando tal premio se le dispone.

—Ningun peligro hay en prestarlo.

—Hablad.

—Es que temo que nos sorprendan.

—Si quereis honrar mi pobre cuarto, dignaos pasar, y así estareis libre de que os vean hablar con un esclavo.

Salustio entró.

—¿Vive en esta casa una jóven huérfana llamada Nicea?—dijo colocándose de manera que nadie de los que entrasen en el edificio pudiese verle al pasar.

—Sí señor.

—¿Sola?

—Sola; puesto que ocupa una pieza independiente que le alquila la familia que habita el edificio.

—¿Y esa familia es pobre?

—Muy pobre.

—¿Quién visita á Nicea?

—Ninguno.

—¿Es decir que vive completamente aislada?

—Completamente.

—¿No tiene esclava ninguna que la sirva?

—No señor; cuando algo necesita, lo pide á la familia á quien sirvo.

—¿Ni de noche le acompaña nadie?

—Nadie, señor.

—¿Quieres ser rico?

—Esa es una proposicion que jamas debe hacerse.

—¿Por qué?

—Porque no hay hombre que no apetezca las riquezas.

—Bien; tú serás rico.

—¿Yo?

—Sí: hay un hombre que se ha propuesto labrar tu fortuna.

—¿Y quién es ese hombre?

—Yo.

—¿Vos?

—Escúchame.

—Hablad.

—Yo necesito hablar á solas, sin testigos, sin temor de que nadie me sorprenda, con Nicea.

—Bien.

—Pero quiero que la hora de esa entrevista sea de noche, cuando toda la gente de la casa duerma profundamente.

—Bueno.

—¿Me puedes proporcionar tú esa entrevista con la jóven huérfana de la manera que ambiciono?

—Si Nicea no tiene inconveniente en ello.....

—¿Qué dices?

—Yo le consultaré, y si consiente.....

—Es que yo quiero hablarla sin su consentimiento; sin que ella sospeche siquiera mi deseo: ¿entiendes?

—No.

Salustio sacó un bolsillo con oro, y colocándolo en la mano de su interlocutor, exclamó:

—¿Entiendes ahora?

—Ahora, sí, ya he entendido: vuestro lenguaje es claro y elocuente.

—Y no serán las últimas palabras que te dirija en ese idioma si me sirves con empeño.

—Mandad, señor.

—¿A qué hora se recoje la familia que alquila esa pieza á Nicea?

—A las diez.

—¿Y la huérfana?

—A esa misma hora, despues de haber cenado en compañía de ella.

—¿Y suele dejar abierta la puerta de su habitacion en ese instante?

—Sí señor.

—Es decir que se puede entrar en ella durante su corta ausencia?

—Sin duda alguna.

—Bien: ¿á qué hora puedo venir esta noche para tomar posesion de su cuarto antes de que ella vuelva de cenar?

—Esta noche es imposible.

—¿Por qué?

—Porque ha cenado ya para terminar de coser una estola por la cual acaba de venir una señora.

—Pero ¿no volverá á salir?

—No señor: estoy seguro de que en cuanto se despida la dueña de la estola, cerrará la puerta de su habitacion y se recojerá.

—Pues ¿cuándo puedo lograr mi objeto?

—Cuando gusteis.

—Siendo así, vendré mañana.

—Como vos dispongais.

—¿A qué hora suele dirijirse á cenar con la familia que le alquila su modesta habitacion?

—A las nueve.

—En ese momento estaré aquí.

—Perfectamente.

—No te olvides de estar alerta para abrirme.

—Perded cuidado.

—Las primeras palabras que te dirija mañana serán tan sonoras y metálicas como las que hoy te hicieron comprender mis deseos.

—Lenguaje es ese, que nunca me cansaré de oir.

—Los dioses te guarden.

—Ellos os guien y favorezcan.

Salustio se alejó contento del resultado de su entrevista con el portero.

—El oro es el absoluto señor del género humano—dijo para sí.—Mañana alcanzaré por él dos victorias: habré vencido á Nicea, y habré hecho ver á Marcio que soy mas temible que él en esas empresas: tengo ya, pues, ganada la apuesta, y él pagará el banquete en que celebraremos mi fortuna y su desgracia.

Mientras acariciaba en su mente esta halagadora idea que lisonjeaba su amor propio, el primo de Eutima marchaba hácia la casa de Nicea dominado del mismo pensamiento.

Acababa de disponer el rapto de su prima, y ambicionaba agregar á aquella hazaña, el triunfo sobre la hermosa huérfana.

La casualidad habia dispuesto que la viese en la procesion, en aquella mañana, y se propuso sacar todo el provecho posible de aquel encuentro.

Aunque en medio del gentío la perdió por un instante de vista, como entonces indicamos, pronto volvió á descubrirla, y resuelto á conocer su morada, la siguió hasta su casa, pero á distancia regular y procurando no ser visto de la jóven para no alarmarla.

Informado por el portero del edificio, que era como hemos visto, un esclavo de robusta musculatura y de tez negra, de que allí vivia, se retiró con la intencion de volver de noche, despues de examinar desde la acera de enfrente la modesta casa.

En aquellos momentos fué cuando el gladiador Lidon, que habia ido observando al esclavo de Salustio y al que le acompañaba, descubrió al primo de Eutima que se alejó sin fijar la atencion en él.

Marcio, lo mismo que Salustio, persuadido de que el oro es el argumento mejor para convencer á los criados, llenó de sestercios un bolsillo, y se dirijió á la casa de la jóven huérfana.

—¿Está Nicea en su habitacion?—preguntó acercándose al cuarto del portero.

—Sí está—contestó el individuo de piel de ébano que recibió el dinero de Salustio.

—¿Sola?

—No señor.

—¿Quién está con ella?

—Una señora para quien estaba cosiendo una estola.

—Quisiera hablarla á solas y sin testigos cuando se vaya la visita—dijo Marcio alargando un bolsillo.

—Vuestro deseo es justo—contestó su interlocutor tomando el bolsillo—y le hablareis.

—¿Cuándo?

—El dia ó la noche que gusteis, no siendo la presente.

—¿Y por qué no hoy?

—Porque cerrará su habitacion en el instante que se quede sola, sin que motivo ninguno le haga abrir la puerta.

—¿A qué hora puedo venir mañana en la noche?

—¿Mañana en la noche?—exclamó sorprendido el negro.

—Sí.

—¿No seria mejor que fuese otra?—dijo acordándose del compromiso que habia contraido con Salustio, y temiendo que se encontrasen los dos.

—No: me urje, me precisa que sea mañana—añadió Marcio colocando unas monedas mas de oro en la mano de su interlocutor.

—Bien; será como lo disponeis.

—¿A qué hora puedo entrar en la habitacion de Nicea, sin que ella lo advierta?

El de la piel de ébano meditó un momento, y acordándose que á Salustio lo habia citado para las nueve, respondió:

—A las nueve y media.

—Bien; á esa hora estaré aquí.

—Corriente.

—Tus servicios serán recompensados liberalmente.

—Gracias, señor.

Marcio, satisfecho del bien que le esperaba, se dirijió á su casa, pronunciando en voz baja estas palabras:

—La fortuna me sonrie; mañana se verá Eutima en mi poder, y habré alcanzado el amor de esa bella huérfana: la apuesta hecha con Salustio, la tengo ya ganada: ¡oh!..... esto último es lo que mas halaga mi corazon! Así verán sus aduladores amigos, que hay quien vale mas que él en aventuras amorosas.